

Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista B/2018

Las lecturas de esta solemnidad de la Natividad de San Juan el Bautista hablan de la vocación del profeta y el sentido de su misión. Mudan también la luz en nuestra propia vocación al recordarnos que nos han llamado todos para servir al Señor desde nuestro nacimiento.

La primera lectura habla de la vocación y de la misión del profeta Isaías. Describe como Dios lo llamó ya que fue en el vientre de su madre, pronunció su nombre y lo destinó para ser una luz a las naciones. Muestra también que su misión era la de juntar al pueblo de Israel y devolverle a Dios. Finalmente, el texto muestra que Dios lo dotó con especiales dones y le aseguró para el éxito de su misión.

Lo que es este texto nos enseña es que la vocación de un profeta es parte del plan de Dios de la salvación que ha preparado antes del nacimiento de su servidor. Hay también la idea de que Dios recompensa sus servidores que trabajan para él.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy que habla del nacimiento de Juan el Bautista. El Evangelio comienza con el acontecimiento del nacimiento de Juan y lo que sucedió a su padre Zacarías y su madre Isabel. Entonces, habla sobre las prescripciones recibidas por Isabel de la parte de un ángel sobre el nombre de Juan a dar al niño. El evangelio termina con la curación de Zacarías y la mención del crecimiento del niño bajo el espíritu de Dios.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del misterio de una vocación. Déjeme comenzar con esto. ¿A veces la gente me pregunta, cuándo realmente sabía que usted se haría un sacerdote? Sin rodeos, mi respuesta ha sido muy a menudo corta y como esta: “no sé”.

En verdad, lo que hago es de explicarles mis antecedentes pasados como nació en una familia Católica, estaba monaguillo y miembro del coro de nuestra Parroquia. Entonces, digo que el ambiente espiritual en el cual crecí ha desempeñado un papel grande en mi determinación de hacerme el sacerdote. Lo que hago es de explicarles humanamente hablando mi vocación. Pero, tal cuenta es parcial porque muchos jóvenes de mi edad quienes estaban conmigo en la misma situación no se habían sido sacerdotes.

Tal consideración muestra que detrás de mi vocación había una mano invisible de Dios que me dirigió a través las circunstancias humanas para hacerme sacerdote. Creo que este parece a lo que pasó al profeta Isaías cuando habla de su vocación al decir: “El Señor me llamó desde el vientre de mi madre, cuando aún estaba yo en seno materno, el pronunció mi nombre”.

Tal consideración muestra también que cada vocación tiene dos caras, es decir, una cara humana que describimos en la cuenta de nuestra historia humana. Hay también tiene una cara espiritual que es escondida en la mano invisible de Dios que trabaja a través las circunstancias humanas.

Este es lo que pareció en la vida de Juan el Bautista. Dios lo preparó desde su concepción en seno de su mamá para un plan que tenía en su mente, es decir, hacerle un precursor a Jesús, el Salvador del mundo.

Tal interpretación conduce al concepto del tiempo de Dios. Como el Evangelio dice, cuando el tiempo llegó, Isabel dio a luz a un hijo. Este no es un tiempo humano, pero el tiempo de Dios. El tiempo de Dios es muy diferente del calendario humano. En este sentido, el

nacimiento de Juan se pasó, entonces, cuando a Dios le complació para poner el final a la esterilidad de Isabel y Zacarías.

En inglés, el concepto del tiempo tiene un sólo uso: el tiempo como lo sabemos. El concepto griego tiene dos percepciones del tiempo. Primero, hay *chronos*: es el tiempo contado como la sucesión de los acontecimientos. Desde allí viene nuestra cronología de palabra inglesa. Pero, hay también *Kairos*: es el tiempo como realización de un acontecimiento esperado que sucede a un tiempo terminado.

El nacimiento de Juan nos enseña que Dios tiene su tiempo para intervenir en nuestra vida y resolver los problemas con los cuales tratamos. Podríamos ser desalentados o decepcionados cuando las cosas no funcionan como le deseamos, en nuestro ritmo. Pero, Dios tiene su tiempo para intervenir y consolarnos.

Mientras tanto, lo que pasa es que estamos rodeados en un misterio completo sobre nosotros y nuestro futuro. No sabemos cuando el tiempo de Dios puede ser realizado. Destaco este a fin de que nos hagamos conscientes del misterio del futuro de cada persona y cada niño. Cuando el tiempo de Dios se realiza, las cosas sucedan y se cumplan.

De hecho, en el Evangelio, es asombroso darnos cuenta de que la gente de la pueblada de Zacarías se preguntaban: ¿“qué va a ser de este niño”? Tal reacción muestra que la entrada en el mundo de un niño es siempre un misterio.

Hay una historia de un profesor latino que siempre se doblaba antes de sus estudiantes antes de enseñarlos. Cuando estaba preguntado por qué hacía así, contestó que es porque nadie sabe lo que uno de estos estudiantes estará en la vida.

Es cierto para cada uno de nosotros, así también por muchas grandes personas que la historia humana recuerda. Eran todos bebés, pero quiénes, al crecer, han marcado la historia humana, de un modo especial. Por eso, tenemos que entender que cada niño merece no sólo ser protegido, sino también que en cada uno hay un gran potencial que, como adultos, tenemos que desarrollar.

Imaginen si nuestros padres no se preocuparían en absoluto por nosotros, como habríamos sido perdidos. ¿Cuánto sería perdido en el mundo si no existiéramos? Todo esto nos trae al problema de la responsabilidad que tenemos para nuestros niños.

De hecho, ser padres es una gran alegría, pero esto crea una responsabilidad. Hoy como celebramos la Natividad de Juan el Bautista, recordemos nuestra responsabilidad como padres, catequistas, educadores, sacerdotes, etc. Oremos para todos los niños del mundo, sobre todo cuyos padres divorcian y los que escapan guerras al inmigrar. Pedimos que Dios nos ayude realizar nuestros deberes con la gracia que nos da a través los sacramentos de la Iglesia. Pedimos que el Señor nos ayude a proteger la vida humana y nuestros niños para el futuro de la Iglesia y del mundo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 49, 1-6; Hechos 13, 22-26; Lucas 1, 57-66, 80

Fecha de la Homilía: el 24 de Junio 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20180624homilia